

sesiones críticas de las Cortes de 1822, en las que éstas se oponían a las peticiones de las potencias de la Cuádruple Alianza.

En el barco que lo llevaba a Inglaterra desde Gibraltar compuso «El desterrado», poema que se hizo muy popular entre los liberales. En él se lamenta de tener que alejarse de la patria en un adiós apasionado, con expresiones «comunes en el tono retórico de la poesía patriótica a que estaban acostumbrados, pero con otro ritmo y acentos más vibrantes» (4). A una execración contra la Patria ingrata sigue un arrepentimiento: No ingrata, sino víctima de «tiranos, traidores y extranjeros». «Las oscilaciones de exaltación y depresión —sigue diciendo Lloréns Castillo— se reflejan en la cambiante versificación del poema, anuncio, según suele verse, de la polimetría romántica. Desde luego, si el lenguaje poético es aún el de la oda patriótica, el desarrollo ya no es el mismo. Sin embargo, más que a propósito de innovación técnica, la nueva forma corresponde al estado de ánimo que agita al poeta» (5). Y eso es precisamente lo que a mí me interesa destacar: el *estado de ánimo*. Porque un paso definitivo hacia la literatura romántica es el cambio de objetividad a subjetividad.

En su estancia en Inglaterra se ocupa de la composición de otro poema de transición, «Florinda», basado en la leyenda de los amores del rey Rodrigo. Aunque debía llevarlo ya en la imaginación cuando llegó a Inglaterra, allí lo retocó y renovó, influido posiblemente por *Sardanápalo*, de Byron, suposición bastante probable de Lloréns Castillo si se piensa que el canto segundo está fechado en Inglaterra y el final en Malta, donde lo terminó.

Empieza, pues, Angel de Saavedra a recibir las influencias de la nueva literatura en Inglaterra, donde su amigo Alcalá Galiano, que había ido con él en el viaje, estaba al día en las nuevas ideas. Hasta entonces había sido un escritor que rompía formas clásicas influido por sus ideas liberales. Ahora, cuando marcha hacia Malta, lleva ya dentro de sí las nuevas concepciones del arte de su tiempo, que serán fijadas en la isla mediterránea, donde empezó a escribir *El moro expósito*, obra que ya se sabe lo que significa en la clara evolución del autor hacia el romanticismo, con el famoso «Prólogo» de Alcalá Galiano —otro liberal que evoluciona en sus ideas literarias, en función de su liberalismo.

En 1835, ya duque de Rivas, estrena la obra cumbre del teatro romántico español: *Don Alvaro o la fuerza del sino*, el paso más avanzado de su evolución literaria, después del cual girará ligeramente hacia un moderantismo que no es más que la expresión literaria de su

(4) VICENTE LLORÉNS CASTILLO: *Liberales y románticos*. Fondo de Cultura Económica, México, 1954, p. 175.

(5) *Op. cit.*, p. 176.

moderantismo político. Electicismo determinado por el inevitable ciclo biológico, que tanto influye en las posiciones ideológicas. También responde este moderantismo a un cambio en la política española. Con la muerte de Fernando VII se inicia una abertura progresiva hacia el liberalismo, cuya manifestación política y social más resonante es la desamortización decretada por Mendizábal, última fase de la que tímidamente se había iniciado en 1812 y después en el *trienio liberal*, truncadas ambas por el advenimiento de Fernando VII y por su reposición en sus poderes ilimitados, respectivamente. El reparto del campo que trajo consigo la desamortización hizo que la burguesía latifundista, cada vez más entroncada con la nobleza, fuera el vivero de donde salieron los dirigentes moderados que suben al poder a partir de Narváez, iniciándose la *década moderada*. Nada tiene de extraño que el romanticismo esté liquidado para entonces. Que los románticos de unos años antes evolucionen también hacia una posición moderada en literatura, el *eclecticismo*, del que partirán los realistas y naturalistas de la segunda mitad del siglo. Si el *romanticismo* nació en Europa toda como una expresión literaria de un disconformismo con una actitud política, como una manifestación literaria de lo que eran las ideas liberales en política, nada tiene de extraño entonces que cuando los gobiernos pretendan aunar y dar cabida en sus concepciones a ideas que hasta entonces habían sido revolucionarias, los representantes de estas ideas pierdan la virulencia anterior por la sencilla razón de que su oposición deja de tener sentido. Y este encruzamiento de lo político-social con lo literario, sobre todo a partir del siglo XIX, ha hecho que algunos historiadores de una y otra faceta, al no conocer bien la otra, confundan manifestaciones espirituales que están dentro de un *sistema* como un elemento más y no independientes. Creo que esa es precisamente la clave para investigar en el siglo pasado. Y creo que en ello estriba el error de la tesis que Allison Peers pretende demostrar en su concienzudo libro sobre el romanticismo español (6). El ilustre hispanista hace un gran acopio de materiales, recogidos en años de búsqueda; las críticas de los autores que trata, salvo en casos aislados, son muy buenas y su bibliografía es excelente. Pero las conclusiones a las que llega no son siempre acertadas y creo que la causa hay que buscarla en la ausencia en su método del paralelismo entre los acontecimientos políticos y los literarios, tan unidos en el siglo XIX. No hay que hablar de una falta de dirección en el movimiento romántico español o de su brevedad misma para llegar a la conclusión de que sólo fue un conato y que lo que realmente triunfó

(6) E. ALLISON PEERS: *Historia del movimiento romántico español*. (Traducción de J. M.^a Gimeno.) Ed. Gredos. BRH. Madrid, 1954; 2 vols.

fue el eclecticismo, «el fenómeno literario más importante de la primera mitad del siglo XIX» (7). Llegar a esa conclusión sería negar también la existencia del romanticismo francés, que hacia el 1843 había perdido su hegemonía, sobre todo en el teatro. El romanticismo rebelde tuvo sentido, repito, mientras tuvo a quién oponerse. Por eso nos resultan más simpáticos los escritores de los que nos consta sólo su oposición, pues vivieron en la época de la rebeldía y murieron antes que los otros, que con las canas dejaron el ademán, el gesto melancólico y de infinita tristeza.

De entre esos que no llegaron a viejos, José de Espronceda pertenece a la generación romántica, que no vivió la Guerra de la Independencia, pero sí sus efectos, es decir, la época en que el liberalismo está proscrito, cuando nacen las sociedades secretas, cuyo principal fin es acabar con el absolutismo fernandino. Una de ellas, formada por muchachos, es la de «Los Numantinos»; y uno de sus asociados es José de Espronceda. Sus reuniones son descubiertas y al que será después gran poeta romántico se le condena a cinco años de reclusión en el convento de San Francisco, de Guadalajara. Condena que no llegó a cumplir. A partir de este momento y hasta el final de sus días, la política empieza a interferirse en la obra literaria de Espronceda, en la que posiblemente sea un mérito por la autenticidad que le infunde.

Por estos años escribía el *Pelayo* en colaboración con su maestro Alberto Lista; obra, dentro del academicismo que naturalmente tenía que rezumar un discípulo de tal maestro, aún no hecho y, por tanto, sometido a su influjo.

Pero Espronceda se destierra, y, siguiendo el viaje de los otros liberales, embarca en Gibraltar rumbo a Lisboa, para desde allí arribar a Inglaterra. En 1829 está en Francia, en donde se unirá a los liberales, que junto con Espoz y Mina y Torrijos estaban preparando una sublevación contra Fernando VII. Al movimiento se le dio un empuje mayor con el ejemplo de las jornadas de julio de 1830, que produjeron el triunfo liberal y el advenimiento de Luis Felipe en Francia, facilitando a los liberales españoles mayor libertad de movimiento en el país vecino. Se creó entonces el «Directorio provisional del levantamiento de España contra la tiranía», que se trasladó a Bayona, donde se dirigían, desde distintos puntos del territorio francés, los emigrados que estaban dispuestos a participar en la acción. Entre ellos iba Espronceda. Pero la expedición fracasó y tuvieron que refugiarse otra vez en Francia. También fracasó el intento por el sur de España, en donde Torrijos, desde Gibraltar, trató de hacerse con las provincias andaluzas. El fracaso tuvo

(7) *Op. cit.*, p. 9.

en el sur peores consecuencias: Torrijos recibió desde Málaga un aviso en el que se le aseguraba que se haría con la ciudad si se presentaba, haciéndosele creer que tenía en ella muchos seguidores. Torrijos desembarcó entonces en una playa malagueña con cincuenta hombres, escondiéndose en un cortijo próximo en espera del enlace. Pero se vio rodeado por tropas realistas, y con los suyos fue fusilado el 11 de diciembre de 1831, mientras vitoreaban a la Libertad.

Espronceda, que un año antes había asegurado el triunfo con su entusiasmo juvenil, lloraba ahora su muerte, que era un duro golpe para todos los emigrados que habían puesto sus esperanzas en la empresa. Y he aquí el soneto que Espronceda dedica a los que en las playas malagueñas murieron por la libertad:

*Helos allí: junto a la mar bravía
cadáveres están ¡ay! los que fueron
honra del libre, y con su muerte dieron
almas al Cielo, a España nombradía.*

*Ansia de patria y libertad henchía
sus nobles pechos que jamás temieron,
y las costas de Málaga los vieron
cual sol de gloria en desdichado día.*

*Españoles, llorad: mas vuestro llanto
lágrimas de dolor y sangre sean,
sangre que ahogue a siervos y opresores,*

*y los viles tiranos, con espanto,
siempre delante amenazando vean
alzarse sus espectros vengadores (8).*

Otro ejemplo más de cómo el liberalismo político influye en la literatura de una manera decisiva. Dentro de la rigidez académica a la que se ve sometido el poeta en los estrechos límites del soneto, hay un empuje, una rabia apenas contenida de indudable cariz romántico, en la etapa intermedia que antes he llamado *liberalismo literario*.

En 1833 regresa a España, aprovechando la amnistía, e ingresa en la Guardia de Corps, lo que no le impide ser desterrado a Cuéllar, por asistir a un banquete que no había sido visto con buenos ojos por el Gobierno.

En su destierro escribe su aportación a la novela histórica, *Sancho Saldaña*. Al año siguiente entra a formar parte de la redacción de *El Siglo*, de vida breve, pero interesante por las ideas políticas de que era portavoz y por haber sido immortalizado en los artículos que Larra le

(8) Recogido en la *Op. cit.* de LLORÉNS CASTILLO, tan interesante para estudiar las vicisitudes de los emigrados en Inglaterra.